

con increíble ardor; ese trabajo fué útil para el desarrollo de las lenguas modernas. La francesa, lo mismo que las otras, ganó en precisión y claridad, y desde el año 1539 pudo reemplazar al latín en los documentos públicos.

El Colegio de Francia (1538). — El año precedente había creado Francisco I el *Colegio de Francia*, llamado también *Colegio de las tres lenguas*, y cuyo fin era activar el movimiento literario que se había producido en Francia después de las guerras de Italia. Los tres idiomas, que en él se enseñaban eran el hebreo, el griego y el latín. Vatable hizo famosa la cátedra de hebreo, Danés la de griego, y al lado de la enseñanza de las lenguas se establecieron clases de medicina, de filosofía y de matemáticas. El sabio Budé, que fué quien dió á Francisco I la idea de fundar ese colegio, el orientalista Postel y los demás profesores, veían á la juventud acudir ansiosa á sus lecciones. No por eso perdió la Sorbona nada de su brillo. Esta escuela continuó enseñando la teología, y sus doctores se distinguieron por obras de erudición, siempre exacta y de exposición clara y metódica.

Francisco I compró en Italia, en Grecia y Asia manuscritos antiguos y empezó á enriquecer la Biblioteca real con las obras maestras de Grecia y de Roma. Mandó imprimir gran número de ellas, y compró á Aldo Manucio letra que cedió á los impresores reales para emplearla en las hermosas ediciones publicadas entonces.

El impulso estaba dado; el renacimiento de las letras iba á empezar. Lo que hay de realmente notable en ese período es que, á pesar del entusiasmo universal por la antigüedad, la poesía francesa pareció por de pronto querer bastarse á sí misma y resistir á la imitación.

Marot. — El primero de las poetas de ese tiempo, Clemente Marot, no se tomó nunca el trabajo de estudiar gran cosa. En un pasaje de sus libros dice ingenuamente que ha leído :

J'ai lu des saints la légende dorée,
J'ai lu Alain, le très noble orateur,
Et Lancelot, le très plaisant menteur,

J'ai lu aussi le Romant de la Rose,
Maistre en amours, et Valère et Orose,
Contant les faits des antiques Romains.

Si á eso se añaden Virgilio, Ovidio, Catulo, Marcial, Petrarca y Villón, se tendrá el catálogo casi completo de todas las obras que conoció.

Tradujo en verso los Salmos, y su trabajo logró fortuna extraordinaria. Francisco I los cantaba; los señores y damas de la corte los aprendían de memoria y, durante un verano, fué moda ir todas las tardes al *Pré aux Clercs* para cantarlos en coro.

Literariamente no merecían tanto honor, pues, según se ha dicho perfectamente, el flajolé de Marot no podía reproducir los nobles y majestuosos sonidos del arpa inspirada del rey profeta. En lo tocante á su ortodoxia, la Sorbona descubrió en la traducción algunos errores, y Marot fué perseguido por causa de las poesías que tantos aplausos le valieran. Tuvo en consecuencia que salir de Francia, yendo á refugiarse en Ginebra, pero como sus costumbres licenciosas lo hicieran expulsar de esa ciudad, fijó su residencia en Turín, donde murió desvalido y pobre en 1544.

Marot formó escuela. Sus más ilustres discípulos son Margarita de Navarra y Mellín de Saint-Gelais. Aquélla compuso versos que su camarero coleccionó con este título : *Las margaritas de la margarita de las princesas*. Mellín de Saint-Gelais, capellán del Delfín que fué más tarde Enrique II, no hizo más que redondillas ó cortísimos epigramas, que divirtieron á sus contemporáneos, pero que su autor no se tomó siquiera el trabajo de reunir.

Hasta el siglo xvi, los cuentos, romances y fábulas no se habían escrito en Francia sino en verso; Margarita de Navarra, hermana de Francisco I, escribió algunos cuentos en prosa, con el título de *Historietas de la reina de Navarra*. Los compuso en su litera, al andar por los campos, y tuvo el mérito de escribir con gracia y sencillez que la Fontaine puso á contribución más de una vez. Pero si su libro es en lo tocante al estilo un monumento curioso de la lengua francesa, no se puede menos de deplorar la licencia que respira. Su modelo fué el *Decamerón* de Boccaccio, y su imagi-

nación se aplicó á la pintura de escenas inmorales y poco decentes.

Ronsard. — Ronsard formó escuela como Clemente Marot. Había nacido en el castillo de la Bissonnière en el Vendômois, el 11 de septiembre de 1524. Estudió con increíble ardor el griego y el latín y se propuso calcar la literatura francesa sobre los modelos de Atenas y de Roma. Quiso escribir como Homero y Píndaro, y reproducir en sus versos el genio de Horacio y de Virgilio. Según lo ha dicho Boileau, su musa habló griego y latín en francés. Esa exageración lo perdió.

No ha habido poeta que sus contemporáneos elogiaran tanto. De Thou llegó hasta decir que Ronsard había nacido el año mismo de la batalla de Pavía, como si el cielo hubiere querido resarcir á Francia de sus pérdidas. Los magistrados de Tolosa que presidían los juegos florales, lo proclamaron el *poeta francés* por excelencia, y le dieron, en vez de la flor acostumbrada, una Minerva de plata maciza. Sus poesías consolaron á María Estuardo en su cautiverio. La infortunada reina le envió un Parnaso de plata, con este verso, que valía por cierto mucho menos que el regalo :

A Ronsard, l'Apollon de la source des Muses.

Los críticos más distinguidos del siglo xvi, los Escaligero, los Turnébe, los Muret, los Pithou, los Sainte-Marthe, los Pasquier, lo colocaron en primera fila entre los poetas franceses; y algunos llegaron hasta ponerlo á la altura de Homero y de Virgilio. Montaigne no lo consideraba muy inferior á los antiguos. Los reyes Enrique II, Carlos IX y Enrique III le tributaron los más significativos honores. Carlos IX le escribía en tono amistoso :

Il faut suivre ton roi qui t'aime par sus tous.

Sus discípulos forman alrededor de ese poeta una pléyade que se compone de Joachim de Belley, Remy Belleau, Amadys Jameyn, Antonio Baif, Esteban Jodelle, Dorat y Ponthus de Thiard, autores que han

desaparecido todos con el astro en cuyo torno gravitaban.

Rabelais. — No ocurre lo mismo con Rabelais. Natural de Chinón, Turena, por los años de 1483; su grande obra es la *Vida de Gargantúa y Pantagruel*, donde se halla una crítica mordaz de todas las clases sociales. Todo lo atacó, poder real, magistratura, clero, los claustros, la Universidad, el parlamento, sin respetar nada. Si lo hubiese hecho frente á frente, habría desencadenado en contra suya horrible tempestad; así fué que prefirió echar por caminos ocultos; al efecto fingió que emprendía con Panurgo un viaje á tierras desconocidas, y en cada país, en cada nueva isla que encuentra en esa región de la alegoría, la emprendió con una clase social, hasta que las hubo pasado en revista todas.

La mayor parte de las críticas de Rabelais tenían ciertamente razón de ser; lo que hay de reprehensible en sus sátiras es que no se contentó con atacar los abusos, sino que combatió hasta las mismas instituciones. Además, en sus pinturas se descubre á veces el más indecente cinismo, y en el escritor no se ve más que al hombre escéptico y corrompido. Compréndese que no creía en nada y que, á pesar de su carácter de religioso y de sacerdote, vivía sumido en vergonzosas pasiones.

Sin embargo, sus últimos años fueron dignos: habiéndose retirado á su curato de Meudón, Rabelais cumplió en cuanto le fué posible con los deberes de su ministerio, no permitiendo que entrase nadie en su domicilio, para quitar todo pretexto á la calumnia. Recibía continuamente visitas de los sabios y de los personajes más distinguidos de París, se ocupaba en adornar su iglesia, enseñaba el canto llano á los monaguillos, y las primeras letras á los pobres. De todos los alrededores acudían para verlo en traje de sacerdote, y para oír su misa ó su sermón. El mencionado pueblo se convirtió entonces en sitio de paseo para los parisienses, que iban allá aun mucho después de la muerte de Rabelais, según esta frase que se repetía todavía en el siglo xvii: « Vamos á Meudón, donde veremos el castillo, la azotea, las grutas y al señor

cura, el hombre del mundo de cara más agradable, el de mejor humor, el que mejor recibe á sus amigos y á las gentes de bien, y que conversa como ninguno. » Rabelais murió el 9 de abril de 1553, muy cristianamente, según aseguraban sus amigos.

Montaigne. — El escepticismo de Rabelais se encuentra bajo otra forma en los *Ensayos* de Montaigne. Ese noble, que nació en el castillo de Montaigne, en Périgord, el 28 de febrero de 1533, tuvo por primer maestro á un alemán que no debía hablarle más que latín. De ese modo llegó á ser el idioma de Virgilio y de Séneca su lengua natural. Después aprendió el francés y el griego, y á la edad de trece años conocía familiarmente la antigüedad.

Habiendo sido nombrado consejero en el parlamento de Burdeos, tomó repugnancia á los negocios, se retiró á su castillo y pasó su tiempo en leer y meditar, sin someterse á orden determinado en sus lecturas y trabajos.

Sus célebres *Ensayos* fueron el fruto de ese género de trabajo; así es que en ese libro extraordinario no se encuentra plan ni método. El autor sigue los caprichos que le sugiere su versátil espíritu, y se muestra al lector tal como es, con todas las singularidades de su imaginación. Poseía inmensa cultura: hablaba de todo como quien sabía lo que decía, pero sin preocuparse del orden. Su ciencia es exacta, sus consideraciones nuevas y profundas, sus observaciones ingeniosas; pero carecía de fuerzas para tomar partido por una idea ú otra. Expone las opiniones contrarias con mucha lucidez, hace valer con arte las razones que abonan el pro y el contra, y cuando lo ha hecho así, se detiene. *¿Qué sé yo?* es la última palabra que de él se obtiene sobre los más graves é importantes problemas.

El escepticismo de Montaigne fué probablemente análogo al de Pascal, de Huet y de otros grandes escritores del siglo xvii. No tenía fe en la razón humana, pero creía en la palabra de Cristo y en la autoridad que la interpreta, según este epitafio que se colocó sobre su tumba:

Solius addictus jurare in dogmata Christi,
Cætera Pyrrhonis pendere lance sciens.

Del renacimiento de las artes. — El renacimiento de las artes fué más rápido en Francia que el de las letras. Carlos VIII llevó consigo de Nápoles pintores y arquitectos que le edificaron en Amboise un magnífico castillo. Luis XII dió el título de arquitecto real á fra Giacondo, que construyó el puente de Nuestra Señora en París, la gran cámara del parlamento y otra para el tribunal de cuentas. Francisco I, que mereció dar, como León X, su nombre al siglo en que viviera, compró á Miguel Ángel el Laocoón, la Venus de Médicis y las dos Esclavas; á Rafael, el San Miguel y la Santa Familia; á Leonardo de Vinci la Joconda y multitud de cuadros y estatuas que transportó de Italia al museo de París.

Al mismo tiempo atrajo á su corte los más distinguidos artistas italianos. Leonardo de Vinci, el Primaticio, Benvenuto Cellini y Salviati, que adornaron con sus esculturas y sus pinturas las mansiones reales.

El cardenal de Amboise. — El cardenal de Amboise, que compartía el gusto de su señor por las bellas artes, hizo reparar la catedral de Ruan y encargó á Roger Anjo de construir el palacio de justicia. En éste se nota una mezcla del estilo antiguo y del nuevo felizmente combinados entre sí. Pero en el castillo de Gaillon, que debía ser la residencia de verano de los arzobispos de Ruan, el estilo antiguo desaparece. El medio punto ha reemplazado á la ogiva y se está en presencia de aquella arquitectura del Renacimiento que, en su admiración por la griega y romana, se esforzó en unir las hasta cierto grado. Vignole, Beller-mati, el Primaticio fueron los hombres de genio que trabajaron principalmente en dicha transformación.

Fontainebleau, San Germán, Chambord, Chenonceaux. — Después de haber visto los suntuosos palacios y elegantes mansiones que adornan á Italia, los nobles franceses no pudieron contentarse con sus castillos y torreones góticos, en cuya construcción se había tratado más bien de ponerse á cubierto contra los ataques venidos de fuera que hacer agradable y cómodo el domicilio. El tiempo de las guerras interiores había pasado y la sociedad feudal, siempre sobre las armas, se hallaba reemplazada por la brillante y

divertida corte de Francisco I. Las damas, los poetas, los artistas y los sabios que ocupaban á la sazón el puesto de los guerreros, necesitaban moradas menos sombrías y más bellas.

El monarca fué el primero en dar ese ejemplo. En Fontainebleau, donde Luis VII, Felipe Augusto y San Luis tuvieron un alojamiento, hizo Francisco I edificar un magnífico castillo. Los trabajos empezaron en 1528 y duraron hasta los tiempos de su hijo Enrique II, que agrandó esa morada, embelleciéndola además con multitud de notables obras artísticas. Francisco I había hecho construir también en el bosque cercano un pequeño abrigo, de gusto muy puro, modelo acabado de elegancia y delicadeza, para que sirviera de punto de reunión en las cacerías. En nuestros tiempos se ha transportado ese edificio piedra á piedra á los Campos Elíseos de París, donde se le da hoy el nombre de *casa de Francisco I*.

El mismo príncipe hizo levantar en una colina á orillas del Sena el magnífico castillo de *San Germán*, en un punto desde donde se divisa variado y espléndido panorama. Pero la obra maestra de su reinado fué el castillo de *Chambord*, que aun existe en la Soloña, en el blando y delicioso valle del Loira, que siempre atrajo particularmente á los Valois. Los planos y dibujos fueron hechos por el Primaticio, y de la ejecución se encargó un arquitecto de Blois, Pedro Nepveu. Ese monumento es el que presenta mayor unidad entre todos los de la época y el que más asombro causa por su elegante majestad.

En ese mismo valle se encuentra el *castillo de Chenonceaux*, cerca de Amboise, más tarde residencia habitual de Catalina de Médicis, y el de *Azay-le-Rideau*, que se alza entre Tours y Chinón, en una isla del Indre.

Los grandes siguieron el ejemplo del monarca y reemplazaron sus torreones por residencias modernas. Así fué que Montmorency edificó á *Ecouen* y *Chantilly*; Duprat mandó construir su fastuosa residencia de *Nantouillet*; Samblançay el castillo de ese nombre cerca de Troyes, etc.

El Louvre y las Tullerías. — El primer archi-

tecto francés de la época fué Pedro Lescot, natural de París, donde vió la luz en 1510. Francisco I lo encargó de reconstruir el Louvre. Lescot dirigió la formación de la fachada interior del patio, llamada hoy del reloj (*de l'Horloge*), que es una maravilla, pues reúne á la pureza de la arquitectura y la perfección de las líneas los adornos de más exquisito gusto y de mayor riqueza. Ese edificio fué continuado durante los reyes siguientes, hasta nuestros mismos días, pero ninguna de sus partes presenta la perfección de la que hemos dicho.

Felipe Delorme, que nació en Lyon á principios del siglo XVI, fué el arquitecto de las Tullerías. Lo encargó de la construcción de ese palacio Catalina de Médicis, después de la muerte de Enrique II. En ese edificio desplegó Delorme todos los recursos de su genio. El gran pabellón del centro, los dos cuerpos de estancias antiguas y los dos pabellones en que aquéllos terminan fueron obra suya. Luis XIV añadió á lo dicho los pabellones de Flora y de Marsán, y quiso reunir las Tullerías al Louvre, cosa que no se realizó sin embargo hasta los tiempos de Napoleón III. La obra de Filiberto Delorme fué destruída en 1871 por la teas incendiarias de los insurrectos federales.

Juan Goujón. — Los escultores más célebres de aquel tiempo fueron Juan Goujón, Germán Pilón y Juan Cousín.

El primero de los mencionados, que ha recibido el nombre de Fidias francés, reúne la gracia á la fuerza, y la exactitud anatómica á la perfección de los detalles. Sus obras maestras son las *cariátides* de la sala de guardias del Louvre, la figuras que adornan la fuente de los Inocentes y el grupo de Diana cazadora.

Entre los trabajos de Germán Pilón se admiran principalmente la tumba de Enrique II, que se encuentra en San Dionisio (Saint-Denis), que fué esculpida siguiendo los dibujos de Felipe Delorme, y un grupo de las Tres Gracias, tallado en un solo trozo de piedra.

Juan Cousín fué al mismo tiempo pintor y escultor. En este último arte, se le puede comparar con Germán Pilón; pero en la pintura de vidrieras y al óleo no tuvo rival.

Resumen de este capítulo. — El siglo xvi es una época de transición. Las instituciones de la edad media desaparecen y la moderna principia, operándose profundo cambio en las ideas, al paso que los espíritus procuran abrirse nueva vía en la literatura, las artes y las ciencias.

I. Lo que facilitó ese desarrollo intelectual fué el descubrimiento de la imprenta, que se debe al alemán Juan Gutenberg (1436). Ese invento fué perfeccionado por Schæffer de Gernsheim, qui ideó la fundición de letra (1442), ó sea el arte de multiplicarla rápidamente. El papel de trapo, descubierto poco tiempo antes, completa esas maravillosas adquisiciones, y desde entonces se pueden extender fácilmente los medios de instruirse, gracias al aumento de los libros.

II. Ese descubrimiento coincidió con la toma de Constantinopla, que obligó á los griegos á abandonar su patria, buscando un refugio en la Europa occidental. Traen con ellos sus obras maestras y reaniman, particularmente en Italia, el gusto por las cosas de la antigüedad. Gracias á la acción inmediata de los sumos pontífices, Italia se pone entonces al frente del movimiento intelectual. El siglo xv es para ella época de estudio y de erudición filológica; entonces es cuando se forma su lengua nacional bajo la influencia del Dante, de Petrarca y de los Médicis. En el siglo xvi llega su literatura al más alto grado de esplendor; esa es la época de León X, y todos los géneros literarios en prosa y verso son cultivados con verdadero éxito. El Taso, Ariosto, Maquiavelo, he ahí los grandes genios de entonces. Bramante crea por decirlo así en las artes un género nuevo; Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Angel constituyen la gloria de la escultura, de la pintura y de la arquitectura moderna, y su influencia hace surgir grandes escuelas artísticas. Las ciencias se transforman bajo el impulso del genio de Copérnico, de Galileo, de Tycho-Brahe y de Képler. Tal vez no ha habido época alguna tan fecunda en grandes talentos. Desgraciadamente, á la vez que aplaudimos los progresos honra del espíritu humano, no podemos menos de lamentar que ese contacto con la antigüedad pagana fuera á menudo funesto á la fey que hasta las tendencias gentílicas entraran en las costumbres; lo que preparó á fuerza de monstruosos desórdenes los triunfos del protestantismo.

III. Esas ideas pasan de Italia á Flandes, Alemania y Francia. En Flandes las representan Erasmo, el primer literato de su época y los Van Eyck, que hacen realizar al arte los mayores progresos gracias al descubrimiento de la pintura al óleo. Alemania se gloria de dar vida á Durer, que perfecciona el grabado, y á Copérnico, que descubre el sistema del mundo.

IV. En Francia, Luis XII y Francisco I favorecen el Renacimiento, llamando á su lado á los más distinguidos artistas italianos. Los fortines y torreones góticos fueron reemplazados entonces por suntuosas moradas construídas con arreglo al estilo antiguo. Fontainebleau, San Germán, Chambord y Chenonceaux son los principales edificios que los reyes de Francia hicieron construir en esa época. Pedro Lescot fué encargado por Francisco I de construir el Louvre, y poco tiempo después Catalina de Médicis hizo edificar las Tullerías por Filiberto Delorme. Al

mismo tiempo las letras eran cultivadas con mucho entusiasmo. Clemente Marot, Margarita de Navarra y Rabelais son los primeros escritores franceses de ese período. Lo que antes se ha dicho de la literatura italiana se aplica también á la francesa. El sensualismo más abyecto la degrada; todas las principales producciones á que aludimos son heréticas ó inmorales. La fe se ha extinguido en las almas; las costumbres se han alterado profundamente, y no debemos extrañar que en una sociedad minada al mismo tiempo por la irreligión y la inmoralidad, los innovadores hagan aceptar tan fácilmente su nuevo símbolo, que liberta al hombre de todo yugo y que le permite entregarse sin freno á sus malas pasiones.

CAPÍTULO XXVII.

LA REFORMA EN SUIZA, EN ALEMANIA Y EN LOS ESTADOS ESCANDINAVOS. ZUINGLIO Y LUTERO; PAZ DE AUGSBURGO. CALVINO EN GINEBRA (1).

El protestantismo constituye el acontecimiento más trascendental de los tiempos modernos. En la Iglesia se habían introducido grandes abusos y, según lo escribe Bossuet, desde siglos atrás se deseaba la reforma en la disciplina eclesiástica. Los mejores talentos habían previsto que si no se reformaba pronto el clero, sobre todo en Alemania, estallarían graves desórdenes. Un monje sajón, Lutero, fué el innovador que excitó ese terrible incendio. Sus doctrinas dividieron á Alemania en dos campos, y la mayor parte de los Estados septentrionales de esa región se separaron de la Iglesia romana. El protestantismo pasó de Alemania á los países del Norte, donde debió á la protección de los príncipes, lo mismo que en su punto de origen, todos sus progresos. Federico I^o y Cristián III lo introdujeron violentamente en Dinamarca y Noruega; Gustavo Wasa abusó del título de libertador que le otorgó la Suecia reconocida, para propagarlo en su reino; Prusia y Livonia vieron sacrificada su fe á los intereses y á la ambición de los grandes maestros que las gobernaban. Pero en Suecia los innovadores aprovecharon la división de ese país, y sus triunfos fueron alcanzados con ayuda de la desenfadada licencia del pueblo.

§ I. — De la reforma en Suiza. Zuinglio. Calvino en Ginebra.

Estado de Suiza antes de la reforma. — Á principios del siglo xvi, Suiza había dejado de ser

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Bossuet, *Historia de las variaciones*; Audin, *Historia de Lutero é Historia de Calvino*; Lutero, *Memorias y Obras*; Muller, *Historia universal*; Sleidan, *De statu religionis et reip. german.*; Sponde, *Anales*; Th. Moore, *Viaje de un gentilhomme irlandés en busca de la verdad*; y todas las historias generales de la Iglesia.